

y, momentos antes de llegar á la posada, habia perdido el conocimiento.

Esto era todo.

Y bajando la voz, dijo á la señora Jacut:

—Sin embargo, este accidente puede ser mas grave de lo que parece. Antes de volver á Penhoet necesito reconocerla por si ha sufrido alguna lesion interior. Dejadnos solos.

Hizo que se acostara Juana y la tranquilizó respecto á las consecuencias de su indisposicion, prometiéndola volver al dia siguiente.

Juana estrechó con efusion las manos de Cláudio.

—¿Cómo pagaros le que haceis por mí? murmuró. ¡Dios os lo premie!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya sabeis cómo, le contestó Cláudio: accediendo á mis súplicas. El mayor obstáculo que nos separaba ha desaparecido.

—Idos, le contestó Juana. Vuestra madre puede temer que os haya sucedido alguna desgracia.

Cláudio se llevó á los labios la mano que le tendió Juana.

La señora Jacut esperaba á Cláudio en la cocina.

—¿Cómo sigue la enferma? le preguntó.

—Mis temores se han desvanecido. Dentro de algunos dias podrá levantarse.

—¿Volverás?

—Mañana mismo.

—¡Es una señora tan buena!

—¡Y tan hermosa!, añadió Marta.

—Cúidala mucho, Marta, dijo Cláudio.

—Id tranquilo, señor Cláudio. No necesitais recomendármela.

—La noche es muy oscura, Cláudio, observó la señora Jacut. Vé con cuidado.

—Juana oyó el trotar del caballo.

—Ese hombre hubiera hecho mi felicidad, murmuró.

## XXXI.

**Seducion.**

Cuando Cláudio llegó á Penhoet, sólo habia luz encendida en la antigua casa de su familia.

Los perros que vagaban por los anchos patios le anunciaron ladrando sordamente.

José salió á recibirle.

—Venid, señor Cláudio, le dijo haciéndose cargo del caballo para llevarle á la cuadra. Si tardais un momento mas, os dejan debajo de la mesa. Ya estan acabando de cenar.

En efecto, ya estaban en los postres.

El rector habia sacado la pipa y estaba llenándola.

Michaud, olvidando los consejos del señor Lesgidou, estaba absorto en la hermosura de Santa.



Santa le escuchaba distraída, no levantando los ojos mas que para fijarlos en el relój.

Eran las nueve, y los convidados no parecían dispuestos á levantarse.

Juan, el guarda, sentado al lado de María Ana, contaba á los convidados de los Kerandal las excursiones de la señorita de Fonterose á los pueblos de los alrededores, y últimamente á Elven.

Cláudio se dirigió al sitio en que estaba su madre y la abrazó cariñosamente.

Después dió un beso á Santa en la frente, y la mano, primero á sus hermanos y luego al rector y á Michaud.

Y tomando asiento en la mesa, explicó la causa de su tardanza.

Una de sus enfermas habia sufrido un accidente imprevisto, y tendria que ir á verla al dia siguiente á la posada de la señora Jacut.

Santa aprovechó la ocasion para decir á su madre:

—Madre, ya es hora de que os recojais. Mañana hay que madrugar para ir al perdon de Elven.

El viaje se dispuso en esta forma:

Cláudio llevaria en el coche á su madre, á Santa y á Catalina, para llegar lo antes posible, en atencion al estado de su enferma.

Los demás irian á pié, reuniéndose todos en la posada del *Condestable*.

Michaud parecia muy preocupado.

Veia cernerse sobre la felicidad de aquella familia la sombría silueta del señor Lesguidou.

Quiso hablar, pero en aquel momento se levantaron todos de la mesa.

En Santa Gilda, el capitán, después de comer, bajó al salón donde estaban reunidos todos los huéspedes de la marquesa de Fonterose: el general, contando á la señora Simonet sus proezas; Máximo, enemigo del matrimonio, dejándose convencer de sus ventajas por la vizcondesa de Revilly; la marquesa y el rector, hablando de las cosas del cielo; el baron de Fontrailles, dando conversacion á su mujer para que no se durmiese, ó para que se durmiese antes, y Nicolsa, sentada al piano tocando trozos de *La Mascota y los Cuentos de Hoffmann*, mientras Roger la contemplaba entusiasmado.

—De repente, el general, con voz de mando, gritó:

—¡Capitán!

Nadie le contestó.

Y él volvió á gritar:

—Capitán, ¿estais sordo? Os propongo una partida de whist.

El capitán no estaba ya en el salón.

Aprovechando un momento en que nadie se fijaba en él, bajó á las cuadras, ensilló su caballo favorito y tomó el camino de Penhoet.

Santa le habia dicho que á las diez estaria en el jardín.



—Tenía tiempo para llegar a la hora convenida y la seguridad de no perderse en el camino, porque lo conocía palmo á palmo.

Era el vigésimo viaje que hacia, desde el altivo castillo de Santa Gilda hasta la modesta, aunque señorial vivienda de los Kerandal.

Y verdaderamente, la hermosura de Santa merecía las molestias que por aquella se tomaba Estrelles.

Pero al fin la resistencia de la virtuosa joven tocaba á su término.

La alegría del capitán, al pensar que por fin iba á coger aquel verde fruto que pendía del árbol, cuyas ramas se bajaban hasta el alcance de su mano, no tenía límites.

Nunca había emborronado tanto papel, nunca se le habían ocurrido palabras tan poéticas y tan dulces para hacer la corte á una mujer.

Cuando mas abstraído estaba en las futuras delicias de su victoria, oyó á corta distancia una voz que le decía:

—¡Alto!

El capitán se volvió azorado.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor capitán, dijo la misma voz? Muy tarde andáis por los caminos.

—¡Eres tú, Juan! exclamó el capitán reconociendo al guarda de la marquesa.

—¿Dónde vais á estas horas, señor capitán?

—Voy á donde el caballo me quiere llevar. Tengo

una gran jaqueca y necesito respirar el aire libre. ¿Y vos?

—Yo vengo de Penhoet, de casa de los Kerandal, contestó Juan.

—¡Los primos de los Fonteroses! ¡Pobres gentes! exclamó irónicamente el capitán.

—A estas horas, todo el mundo duerme en Penhoet, y seguramente no habrá en todo el cantón mas que dos personas que velen: vos y yo. Buenas noches, señor capitán.

Juan se alejó con la ligereza de un gamo y siguió su camino silbando una canción que estaba de moda.

Al descubrir las primeras casas de Penhoet, el capitán se apeó, y cogiendo el caballo por el diestro, lo ató á un árbol.

En el mismo momento, Santa, con el corazón palpitante y trémula de espanto, pero resuelta á cumplir la palabra que había dado al capitán, espiaba todos los rumores de la casa.

Jacobo y Corentin debían haberse recogido ya, porque había sentido cerrarse de golpe la puerta de su cuarto.

Cláudio ocupaba un pabellón situado al extremo del patio.

Ibo y Catalina estarían ya durmiendo, porque eran los primeros que se levantaban para acudir á sus respectivos trabajos.

Todas las luces se habían apagado.



La oscuridad era tan profunda como el silencio.

Santa se decidió á bajar al jardín.

El perro que guardaba la casa, debió conocerla, porque al atravesar el patio, en vez de romper á ladrar, se acercó á ella meneando la cola, y la lamió las manos.

Pero todos los esfuerzos de Santa fueron inútiles para impedir que la siguiera.

Santa llegó al extremo del jardín con su incómodo acompañante cogido por el collar.

El jardín estaba defendido interiormente por altos muros, y exteriormente por un ancho foso, no lleno de agua como en tiempo de los abuelos de los Kerandal, sino cegado por los escombros de las antiguas murallas de la fortaleza.

Michaud había andado ya la mitad del camino, que le separaba de su casa, cuando se le ocurrió volver grupas.

No se atrevía á dejar indefensos á los Kerandal del misterioso peligro que les amenazaba.

Cuando llegó á la puerta del jardín, dijo en voz baja el capitán:

—¡Santa!

Nadie le contestó.

Volvió á llamar y tampoco le contestaron.

Michaud distinguió un bulto que rondaba por los alrededores del jardín y le siguió, apeándose y llevando el caballo del diestro.

Por fin resonó una voz detrás del muro.

—¿Sois vos, Roberto? dijo.

—Sí.

—Entrad.

Se abrió la puerta del jardín, volviendo á cerrar, se detrás del capitán.

Michaud reconoció á la luz de la luna á Santa.

Todas las iras de los celos se desencadenaron á la vez en el corazón de Michaud.

¡Aquella mujer, á quien quería dar su nombre, le engañaba!

¡Santa tenía un amante!

¡Tenía razón el señor Lesguidou! Santa era al fin una Kerandal.

Es decir, materia dispuesta para todos los vicios, todas las traiciones y todos los crímenes.

Santa se burlaba de él odiosamente, pero la casualidad había puesto la venganza en su mano.

Al día siguiente se verían las caras en Elven.

Michaud no se opondría á que el señor Lesguidou llevara adelante sus proyectos.

Y para que su odio fuese mayor, se acercó á la puerta del jardín, y observó por la cerradura.

—¿Me amarás siempre? decía Santa en aquel momento al capitán.

—¡Siempre! la contestaba el capitán besándola apasionadamente la mano.

—¿Quién puede verte sin amarte?



—Soy pobre.

—No hay mayor riqueza que la hermosura.

Santa objetó que las mujeres para casarse necesitaban un dote.

El capitán se echó á reír.

—El matrimonio es una ley de los hombres, y el amor es un presente de Dios.

Cuando el capitán desarrollaba con mas entusiasmo esta tesis, sintió ruido á corta distancia y se volvió apresuradamente.

Santa lanzó un grito al mismo tiempo y se tapó la cara con las manos.

—No tengas miedo, hermana mía, soy yo, dijo Jacobo colocándose entre Santa y Estrelles. Antes has debido temer. Cuando yo no estaba aquí.

El capitán, aunque tranquilo en apariencia, dió un paso atrás y esperó.

Jacobo volvió la espalda á su hermana, y encarándose con Estrelles, le dijo:

—¿Sois vos, señor capitán, quien viene, favorecido por las sombras, á deshonorar á una jóven inocente? Os habeis equivocado. Y no porque sea empresa difícil. ¡Oh, no! A una niña como Santa se la deslumbra y se la pierde con poco trabajo. No hay mas que decirle que se la ama para que lo crea. No hay mas que hablarle de la desesperacion y de la muerte para que lo olvide todo, arrojándose en los brazos de su seductor. Consumada la deshonorra, el caballero ga-

lante se despide de ella para el dia siguiente, y el dia siguiente no llega nunca. ¿Qué le importan á él las lágrimas de su víctima? Pero no perdamos el tiempo en vanas palabras. ¿Pensais casaros con mi hermana? Contestadme francamente. ¿No? Ya lo ves, Santa. No contesta. Entonces ¿qué os proponíais? ¿Deshonrarla?

Y dando un paso hácia el capitán, con los puños cerrados, añadió:

—¿Sabeis lo que cuesta deshonorar á una Kerandal?

El capitán permaneció impasible.

Temia mas la parte ridícula de aquella escena, que la ira de Jacobo.

Miró á su alrededor. Era imposible huir. Estaba perdido.

—¡Jacobo, le amo! exclamó Santa interponiéndose entre su amante y su hermano. Toda la culpa es mia.

—En esta clase de asuntos no se mezclan las mujeres, repuso bruscamente Jacobo, rechazando á su hermana.

—¿Qué pensais hacer, señor Kerandal? preguntó irónicamente el capitán. Estoy á vuestras órdenes... Elegid armas...

—¿Venís armado? preguntó Jacobo.

—Estos asuntos se ventilan á la luz del dia y en presencia de testigos, le contestó el capitán. Mañana...



Jacobo se encogió de hombros.

—Yo no tengo paciencia para esperar tanto tiempo, y además, mañana os negaría á batiros conmigo, pretextando que no era vuestro igual. Vos sois un caballero... yo soy un salvaje...

—¡Dejadme salir! gritó el capitán, encomendando su salvación á la audacia.

Jacobo le contestó con una carcajada.

—¿Me vais á asesinar? dijo el capitán al ver que Jacobo avanzaba hácia él.

—¡Sí! exclamó éste, ciego de cólera. ¡Sí!

—¡Así asesinasteis al marqués de Fonterose, á traición! exclamó Estrelles. Un crimen mas, ¿qué os importa?

Estas palabras helaron de espanto á Santa.

La sangre de su raza se despertó en sus venas, y gritó:

—¡Ese hombre miente, Jacobo! ¡Ese hombre es un miserable! ¡Mátale!

—Habeis estado mal inspirado, señor capitán, invocando ese recuerdo, dijo Jacobo. Sólo pensaba arrojaros desde lo alto de esos muros. Ahora voy á hacer que mi perro os haga pedazos. Supongo que la justicia no le perseguirá por eso.

El capitán, al oír esta amenaza, se puso lívido.

—¡Ven aquí, Leon! gritó Jacobo.

El perro se acercó á su amo gruñendo sordamente.

Pero Santa se arrojó á los piés de Jacobo, exclamando:

—¡Por piedad, Jacobo! ¡Eso sería horrible! ¡Perdónale! ¡Toda la culpa es mia!

A la mujer ofendida, habia sucedido la mujer amante.

Jacobo rechazó á su hermana y cogió al perro por el collar.

—¡Dad gracias á esta mujer! exclamó con ronca voz. La habeis querido perder y ella os salva. Perdida perdon... ¡De rodillas!

El capitán se inclinó respetuosamente ante Santa.

Pero Jacobo, cagiéndole por el cuello, le obligó á arrodillarse.

—¡Así, de rodillas!, murmuró Jacobo.

—Perdonadme, señorita, tartamudeó el capitán devorando su rábía.

—Y al levantarse, dijo á Jacobo:

—¡Y en cuanto á nosotros... nos volveremos á ver!...

Jacobo se sonrió despreciativamente.

—Cuando gustéis, le contestó. Ya habeis debido conocer que no os temo.

Y cogiéndole por la cintura, le arrojó al otro lado del muro.

Santa yacía á en los piés de su hermano desmayada.

Jacobo la cogió en sus brazos, y llevándola á la cocina, la prodigó toda clase de cuidados con



la ternura de un padre, hasta que volvió en sí.

—No llores, la dijo. No valen todos los hombres del mundo una lágrima tuya. En cuanto al secreto de esta escena, no temas. Sólo yo lo conozco. Y él lo guardará tan bien como yo.

Después de dejar á Santa en su cuarto, Jacobo volvió al jardín, y abriendo la puerta, salió á reconocer el campo.

No encontró al capitán.

He aquí lo que había pasado.

Michaud había seguido todas las peripecias de esta escena, desde la parte exterior del jardín, que estuvo á punto de echar abajo de un puntapié en el mismo instante en que apareció Jacobo.

Sin embargo, la exclamación de Santa asegurando que amaba á aquel hombre, templó mucho su entusiasmo.

No podía dudar de su desgracia.

Santa había abusado de su credulidad.

No tenía, pues, simpatías por ninguna de las dos partes beligerantes.

El capitán era su rival dichoso.

Le exacraba.

Santa se había burlado de su amor.

También la exacraba.

Cuando vió caer al capitán al otro lado de los muros del jardín, sintió una indefinible alegría.

Estaba bien castigado.

Pero cuando vió que Jacobo se alejaba sin cuidarse de su víctima, la compasión reemplazó al odio.

El capitán había caído en un charco de agua helada y hacía desesperados esfuerzos por salir de él.

En aquel momento le dió la mano Michaud, salvándole de una muerte segura.

Un momento después, los dos rivales se contaron la historia de su amor, burlándose el uno del otro, pero resueltos á obrar de común acuerdo para vengarse.

El capitán dijo á Michaud que Jacobo había asesinado á traición al marqués de Fonterose.

Michaud, á su vez, confió al capitán el secreto del señor Lesguidou, sin olvidar la misteriosa aparición en Elven, de una jóven que estaba relacionada con el crimen que se atribuía á los Kerandal.

Al día siguiente los criminales caerían en el lazo que les había tendido el señor Lesguidou.

Michaud acompañó al capitán hasta el castillo de Santa Gilda.

Los Kerandal tenían dos enemigos más.

Y el señor Lesguidou dos auxiliares con los cuales no contaba.